

georges duby, el estilo y la moral de la historia

pierre nora *

Traducción de MARIA LUISA JARAMILLO

¿Qué es, para un historiador, escribir "bien"? No es introducir en su propio género las preocupaciones específicamente literarias de un orden en el que sigue siendo un extraño. No es agregar artificialmente a una práctica científica un efecto artístico destinado a envolver la mercancía. No es buscar, a partir de una información de laboratorio, las formas retóricas que le abrirían las puertas de la comunicación pública. Finalmente, no es, gracias al don de las palabras, gracias a la levadura verbal, aumentar la materialidad bruta de una documentación muda y rara de ese suplemento de alma y de sueño que le daría su vibrato. O mejor no es esencialmente eso. El estilo, en historia no depende ni de la litera-

tura, ni de la estética, ni de la competencia, ni de la imaginación, ni de la libido. El estilo, en historia no depende sino de la historia.

Ser escritor, para un historiador, es pertenecer a la vez, completamente a su tiempo y a aquel del cual habla, es ser el más moderno y el más actual en el momento en el que menos lo quiere. Lo que hace escritor a Duby no es que sea historiador, que tenga también estilo; es que con él, si me arriesgo a decirlo, casi a pesar suyo, la historia, nuestra historia, ha encontrado su estilo. Actualmente es él el que nos habla y a través del cual la Edad Media nos habla de la mejor manera, y es él el que nos habla de ella en los términos de nuestra época.

Desde ese punto de vista, la calidad de una escritura no se mide con los criterios habituales. La unidad de base, por

ejemplo, no es la frase, la palabra, a partir de las cuales se construiría, a través de las páginas, los temas y los años, lo que se ha convenido en llamar una obra. El horizonte inmediato de la obra es el todo de una Edad Media de la cual cada obra, conducida como una expedición, es una forma de exploración completa y entera. Al leer estos libros de un tirón, después de haber seguido uno a uno la eclosión, desde hace treinta años, como es mi caso (¡yo pasé la agregación con su tesis!), uno se sorprende al constatar cómo las virtudes del detalle son de la misma naturaleza que las cualidades del conjunto, como si cada pincelada estuviera llena de un todo virtual y aún inacabado. La *société aux XI et XII siècles*, su tesis de 1953, sobresalía ya, por su elegancia lograda, por ambición de totalidad. Una investigación regional sobre Maconnais, basada completamente en una documentación circunscrita, pero además, y con relación a la *Sociedad Feudal* de Marc Bloch que dominaba entonces todo el horizonte medieval, una aptitud extraordinaria para la centralidad del trazo, un perfecto ajuste del tono y una rara economía de medios.

Economía: la palabra es floja. Economía de un campo admirablemente balizado en el tiempo y en el espacio, y cuyo centro se situó siempre entre los siglos X y XIII, entre el Loira y el Rin. Economía de una sociedad en primer lugar definida en su espacialidad feudal, luego en el enraizamiento de su asentamiento rural, captado luego en sus expresiones artísticas más altas pero relacionadas con el entorno cultural que les da su verdadera significación, captada más tarde en su funcionamiento ideológico, religioso y político para sumergirse por fin en la vivencia cotidiana y nocturna de su producción y de su reproducción sexual. Economía de una curiosidad que nutre espontáneamente su erudición, al ritmo de las sedimentaciones de la época, de los aportes de la geografía, del marxismo y de la etnología. Finalmente, economía de un trabajo que conoce todos los secretos del oficio, perfectamente encuadrado, perfectamente aceitado, una máqui-

na que sabe exactamente dónde debe aplicarse su esfuerzo y cuándo es mejor detenerla.

En el trabajo estilístico de Duby siempre hay una superpotencia del motor que le da su intensidad: es la prudencia del que siempre tiene miedo de no llegar, combinada con la ambición íntima de aquel que siempre quiere ponerse a prueba una vez más. La variedad de sus temas son desafíos que él se propone. Duby pretende no haber escrito nunca, excepción hecha de *Los tres órdenes*, sino por encargo. Esta modestia aparente define muy bien su manera: no la pasividad sino la plasticidad. Es la apertura general de un compás interior que gobierna en su obra las inversiones en cada tema parcial, es la amplitud incierta de una redada global que da su equilibrio, poco a poco, a los logros de la formulación, como si su pluma viniera de las profundidades aún no dichas de la Edad Media para apoderarse, en la superficie de nuestro tiempo, de la plenitud de una frase y de la exactitud de la palabra.

Porque este medievalista es al mismo tiempo un moderno que se ignora. Cualquier vanguardia no puede reivindicarlo. Por el contrario, y muy afortunadamente, él escribe en un estilo clásico, con franela y blazer. Pero inmerso como está, como todo el mundo y tal vez más que todo el mundo, en la problemática histórica de un presente caótico, sufre, como medievalista y porque es medievalista, la doble tensión de un "siglo desbordado", todavía más desbordado de lo que Montaigne veía el suyo, al salir precisamente de la Edad Media. Por un lado la tiranía de lo directo, del cernido informativo del exterior, cuya imagen bajo todas sus formas es el emblema y el tope, en su presencia carnal, obsesiva y singular. Y por otro esta inversión profunda y nueva del historiador en "su tema", en "su discurso", ésta muy reciente y fecunda reivindicación del yo del historiador, en otro tiempo tan tímidamente disimulado tras sus fichas y su voluntad de no entender, de no explicar, tras su miedo a interpretar. "Estoy dispuesto a decir que lo que escribo es mi historia, es decir que

* Director de estudios de la Escuela de Altos Estudios, director de la Biblioteca de Historias y de la Biblioteca de Ciencias Humanas de las ediciones Gallimard y de la revista *Le Débat*.

soy yo el que habla y que no tengo la intención de ocultar la subjetividad de mi discurso". Cuatro veces Duby repite esta frase desde el primer capítulo de sus **Diálogos** con Lardreau; al mismo tiempo que justifica su orientación hacia la Edad Media por la posibilidad de dominar toda la documentación que una época más cercana le habría negado. Las dos afirmaciones están ligadas explícita e íntimamente. No por mí sino por él. Orgullo y pánico, emotividad vibrátil y una voluntad compensatoria de escapar de ella. ¿Quién no vería, sin ser gran intelectual, en este discurso tan seguro de sí mismo y de una seriedad siempre tan digna de sus objetos, con una serenidad ligeramente crispada, algo como la dedicación a dominar una angustia de la época?

Y esta tensión no se expresa solamente por la variedad de tonos requerida tanto por la historia de los acontecimientos como por la historia de las estructuras, ya que ésta es, dice Duby en el mismo pasaje, "una manera de contar el brillo del acontecimiento y luego una manera de dejarse llevar por la corriente espesa y profunda que arrastra toda la civilización, de desenredar el enmarañamiento de sus hilos y de sus remolinos". No, sensibilidad para el dardo informativo del documento y distanciamiento reflexivo no forman sino un sólo y mismo movimiento. La escritura de la historia de nuestro tiempo es, precisamente el abandono de la retórica por la retina y el concepto. El "lirismo" del estilo, al cual Duby dice aspirar y sin el cual, para él, no hay buena Historia, está hoy en día completamente en la mirada.

Para un historiador, el estilo no es el hombre, es la época misma. No es una casualidad que Roger Stéphane se haya apoderado de **El tiempo de las catedrales**, cuyo solo texto me parece sin embargo que se sostiene sin las imágenes que lo habían inspirado inicialmente, para hacer de él una suntuosa serie de televisión. Y es que, de la elocuencia de la imagen a la percusión del texto y viceversa, había un vaivén inseparable. No es una casualidad si **El Domingo de Bouvines** va a ser llevado a la

pantalla y ¿con la colaboración de quién? del periodista Serge July y de la sensibilidad más moderna. En el tono mismo del texto había una predisposición secreta para que no hubiera **transposición** sino **proyección visual**.

Un ejemplo. Si usted lee Bouvines en la narración de Luchaire en el tercer tomo de la monumental **Histoire de France** de Lavissee, constatará que el autor **se apoya en sus fuentes**, en primer lugar en el testigo principal, Guillermo el Bretón. Lo parafrasea lo más cerca posible de la sustancia, lo sigue, como el cazador a su presa, para apropiársela, para insertarla en una secuencia en la que analiza previamente las **causas** y enumera luego las consecuencias. En la obra de Duby el acercamiento es diferente. El no duda, en todo un capítulo inicial titulado "puesta en escena" y antes de pasar al **comentario** en el que estudian lo que querían decir en el siglo XIII la paz, la guerra, la batalla, la victoria, en dar la palabra integral a Guillermo el Bretón: "En adelante nos conviene escribir la gloriosa victoria del buen Rey Felipe de la mejor manera posible". Disociar así el documento del comentario es obligarse a darle todo a uno, a exigirle todo al otro.

Pero hay algo mejor. En las primeras palabras del texto, en el cual llegó hasta el escrúpulo de confiar la adaptación a su esposa, Andrée Duby, considera que no es inútil recordar en una nota, y discretamente, la importancia del ritmo, ya que en aquella época, "la escritura era portadora de una palabra verdadera y que un texto como éste estaba hecho para ser leído en voz alta". En este respeto por el ritmo y por la voz del otro, su ancestro que se volvió gracias a él su contemporáneo, en esta frase que no es ni siquiera de él, que se me permita ver paradójicamente, más que en otra frase bien construida, el secreto del estilo de Duby: una ética.

Magazine Littéraire, Nº 189, noviembre de 1982.